



PEDRO BAÑOS

**ASÍ
SE DOMINA
EL MUNDO**

DESVELANDO LAS CLAVES
DEL PODER MUNDIAL

Ariel

PEDRO BAÑOS



**ASÍ
SE DOMINA
EL MUNDO**

**DESVELANDO LAS CLAVES
DEL PODER MUNDIAL**

1.ª edición: noviembre de 2017

© 2017, Pedro Baños

© 2017, por la cartografía y gráficos, El Orden Mundial/Abel Gil Lobo (director),
Joaquín Domínguez y Daniel Aparicio

Imagen de la página 272: © Randy mexrevolution — Wikipedia Commons

Derechos exclusivos de edición en español:

© 2017: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 — 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-2717-4

Depósito legal: B. 23.479 - 2017

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Nota del autor	9
Introducción	11
1. GEOPOLÍTICA Y GEOESTRATEGIA	13
2. CÓMO ES EL MUNDO	17
3. PRINCIPIOS GEOPOLÍTICOS INMUTABLES	33
El Estado es un ser vivo	33
La economía manda	36
El determinante peso de la Historia	71
No hay aliados eternos, sino intereses permanentes ..	84
4. LAS GEOESTRATEGIAS INMORTALES	99
La intimidación	99
Cercos y contracerco	105
Patada a la escalera	119
Empobrece y debilita a tu vecino	130
Simula y disimula	144
El <i>breaking point</i>	151
Fomenta la división	156
La dominación indirecta	165
Retuerce la ley para retorcer a tu enemigo	181

Quítate tú para ponerme yo	205
El que parte y reparte se queda con la mejor parte . . .	210
No hagas lo que los demás pueden hacer por ti	215
La creación del enemigo	234
El contrapeso	243
Miente, que algo queda	245
Las armas de comunicación masiva	266
El pensamiento único	281
El abuso de los pobres	286
Siembra cizaña	296
El fervor religioso	316
La vía de escape	339
El <i>buenismo</i>	343
La creación de la necesidad	348
El loco	352
La sinergia	358
Las copas de champán	360
El burro y las alforjas	364
5. ERRORES FRECUENTES EN GEOPOLÍTICA	373
Ignorar la idiosincrasia de los pueblos	373
Mostrar el poder exponiendo las debilidades	393
No estar preparado para lo inesperado	410
Confiar en vencer con rapidez y sin pérdidas propias .	419
Despreciar las religiones y ofender a sus fieles	427
6. LOS PECADOS CAPITALES DE LA GEOPOLÍTICA	439
Epílogo	457
Agradecimientos	463
Bibliografía	465

Geopolítica y geoestrategia

El drama de los países occidentales es que las democracias liberales carecen de una estrategia constante y confunden estrategia con táctica.

ALEXANDRE DE MARENCHES

Para comprender el significado actual de la palabra «geopolítica» no basta con rebuscar en sus acepciones tradicionales. Sin ignorarlas, hay que ir un paso más allá y enmarcarla correctamente en el vigente contexto mundial.

Según la visión clásica, los acontecimientos políticos se podían comprender, interpretar y hasta justificar por su vinculación a posiciones geográficas y antecedentes históricos. En este enfoque se acepta la existencia de una serie de constantes geopolíticas que conforman, casi de una manera inmutable e imperecedera, el marco de desarrollo de sucesos que se repiten desde tiempos pasados hasta el presente.

Sin desdeñar estas aproximaciones, la geopolítica actual exige una perspectiva más amplia y profunda. La innegable globalización y la creciente interdependencia de los países hacen que la geopolítica haya pasado de estar exclusivamente limitada a la tierra —el prefijo *geo-* la constreñía a un territorio dado, a un espacio físico muy concreto— a referirse a la Tierra,

a todo el globo terráqueo. En consecuencia, hasta los países más pequeños están obligados hoy en día a establecer su geopolítica, pues poco habrá de lo que pase en el resto del mundo que no les afecte de un modo u otro. E incluso afecta ya al espacio exterior del planeta, pues la necesidad de buscar nuevas fuentes de recursos y energía, o simplemente lugares donde acomodar una población creciente en una cada vez más esquilhada superficie terrestre, hace que la moderna geopolítica también se interese por dimensiones extraterrestres.

Por otro lado, la expresión «geopolítica» ha ganado enormemente en dinamismo, siendo obligatorio profundizar no solo en el estudio del pasado y del presente, sino también escudriñar en el futuro. Si conseguimos dilucidar cómo se desarrollarán los acontecimientos en los próximos años, podremos adelantar acciones beneficiosas para los propios intereses, que deben ser los de toda la humanidad.

En el *Diccionario* de la Real Academia Española, las dos primeras acepciones de la palabra *política* proporcionan valiosa información para este estudio. La primera la define como el «arte, doctrina u opinión referente al gobierno de los Estados», mientras que la segunda expone que es la «actividad de quienes rigen o aspiran a regir los asuntos públicos», que bien se podría traducir como la aspiración a regir los destinos de los congéneres.

Así, la geopolítica actual podría definirse como la actividad que se desarrolla con la finalidad de influir en los asuntos de la esfera internacional, entendido este ejercicio como la aspiración de influencia a escala global, evitando, al mismo tiempo, ser influidos. Incluso se podría concretar como la actividad que realizan aquellos que persiguen regir los designios mundiales (o al menos de una amplia zona del mundo) al tiempo que tratan de impedir que otros actores internacionales dirijan los suyos, aspirando a que nadie tenga capacidad para entrometerse en sus decisiones.

A pesar de esta novedad en la terminología, la geopolítica sigue estando estrechamente ligada a las circunstancias geográficas (las que menos cambian), bien sean desde meros

accidentes, como cadenas montañosas o estrechos, a la población allí asentada, pasando por los diferentes recursos naturales (energéticos, minerales, hídricos, agrícolas, pesqueros, etc.). Tampoco hay que olvidar que la geopolítica también va a actuar sobre otros factores menos tangibles, aunque no por ello menos importantes, como la economía y las finanzas.

Precisamente por abarcar tan amplio espectro, esta neonata geopolítica es, al mismo tiempo, la generadora de las demás políticas nacionales, a las cuales aglutina. Poco, o más bien nada, de lo que sucede en un país puede desligarse completamente de la situación internacional, de las tendencias mundiales dominantes y de los riesgos comunes. En este panorama de escala planetaria, donde la complejidad y la confusión no dejan de aumentar, se hace cada vez más imprescindible para los decisores geopolíticos disponer de inteligencia precisa que posibilite vislumbrar acontecimientos futuros.

Dentro del proceso de establecimiento de las directrices geopolíticas (el «qué»), en primer lugar se deben determinar las necesidades y los intereses del Estado (los «para qué»). De ahí surgirán las estrategias pertinentes, convertidas en geoestrategias, es decir, en los procedimientos, las acciones y los medios requeridos para satisfacer los fines geopolíticos (el «cómo» y el «con qué»). Dicho de otro modo, la geoestrategia es la concepción y puesta en práctica de líneas de acción para alcanzar los objetivos marcados por la geopolítica.

Cómo es el mundo

La realidad que gobierna las relaciones internacionales es más triste y limitada que aquella que dirige los asuntos nacionales.

ROBERT D. KAPLAN,
La venganza de la geografía

EL MUNDO ES COMO EL PATIO DE UN COLEGIO

En todos los colegios del mundo hay niños y niñas que controlan a su pequeño círculo de compañeros. Son los dominadores de una clase o de un curso completo, conocidos, respetados y temidos en todo el colegio. Este orden de poder escolar se percibe especialmente en los patios de los centros de enseñanza, durante los tiempos de asueto, cuando los alumnos se muestran tal como son, una vez relajados de la tensión de las aulas. Allí se puede observar con nitidez a quienes tienen esa capacidad para influir sobre los demás, poder que puede provenir de una o varias circunstancias diversas: fortaleza física, facultad innata de liderazgo, habilidad para la práctica de deportes, pertenencia a una familia poderosa, elocuencia aguda y viperina, caer en gracia a los maestros... o mera maldad unida a astucia.

Estos niños con especial ascendiente sobre los demás pueden actuar de modo benefactor con el grupo, arrastrándolo a realizar actos nobles. Pero, con frecuencia, suelen ser los incitadores de gamberradas, los responsables de organizar actividades ignoradas por los profesores y que vulneran las normas escolares o, lo que es aún más perverso, de agredir psicológica e incluso físicamente a compañeros más vulnerables o bien menos dotados o agraciados.

Los niños que así se comportan acostumbran a rodearse de aquellos otros que buscan en su acercamiento protección y reconocimiento, una fortaleza de la cual carecen o no poseen en tan alto grado como los líderes a los que se subordinan. Son estos los que ríen las gracias de los poderosos, los que los jalean cuando actúan pérfidamente contra los endeblés objetos de burlas y chanzas, los que aplauden sus muestras de potencia y habilidad física. En definitiva, pertenecen al club de los que prefieren perder parte de su personalidad a cambio de integrarse en una corte de aduladores que les otorga cierto estatus y consideración.

Por supuesto, para que el líder y su séquito puedan actuar como tales deben convivir con otros alumnos a los cuales consideran inferiores, de modo que nunca les van a faltar justificaciones. A unos simplemente los ignorarán por no pertenecer a su nivel social o simplemente por no jugar tan bien como ellos a los deportes más populares del centro educativo. Otros, lamentablemente, se convertirán en la diana a la que lanzarán los dardos de malicia que les permiten sentirse superiores. Si estos desgraciados son también estudiantes sobresalientes, la ira del grupo poderoso se cebará en ellos para evitar que puedan hacerles la competencia y cuestionar su superioridad. A algunas de estas víctimas, si carecen de la suficiente fortaleza mental o apoyo familiar, pueden llegar a causarles un daño terrible, irreparable e indeleble. De entre ellas, puede haber personas que aspiren a integrarse en el grupo de las comparadas con la finalidad de dejar de ser el blanco cotidiano. Tristemente, estos reconvertidos pueden transformarse en los más crueles con los ajenos.

Pero también se encontrará a otros que se resisten a ser influidos por el líder o por la presión de todo el grupo, con resultado más o menos solvente. Habrá quien, también dotado de cierto poder, simplemente no desee formar camarilla ni ejercer la menor influencia, contentándose con llevar su propia vida, ser respetado y mantenerse al margen de actuaciones impropias contra sus compañeros. En ciertas situaciones quizá le interese la alianza temporal con el poderoso de turno, pero en general podrá gozar de independencia. Por último, existirán los que decidan aislarse del conjunto de los alumnos y no participar en ninguna actividad, ni positiva ni negativa, manteniendo una actitud sólida o reaccionando con desmesura en la primera ocasión en que alguien pretenda vilipendiarlos.

Lo mismo podría decirse de cualquier colectividad cuyos integrantes deben pasar muchas horas juntos, como puede ser un cuartel, una prisión o un lugar de trabajo. Y de modo similar sucede en la esfera internacional, donde existen potencias con distinto grado de capacidad de influencia en las decisiones mundiales.

LA HIPOCRESÍA, PRINCIPIO RECTOR DE LA GEOPOLÍTICA

El conquistador siempre es un amante de la paz; desea abrirse camino hasta nuestro territorio sin encontrar oposición.

CARL VON CLAUSEWITZ

No hay nada más hipócrita y cruel que la política internacional, pues todo lo que en ella se gesta y realiza está basado exclusivamente en los intereses de cada país, los cuales son siempre efímeros y cambiantes, y muy poco o nada tienen que ver con los de los demás Estados. La política nacional también es despiadada y cainita, sin ningún miramiento hacia el adversario político, pues cualquier medida que contra él se adopte se considera legítima mientras sirva para debilitarlo y expulsarlo

del poder, con la única intención de ocupar su lugar. Aun así, es de suponer que todos los grupos políticos—incluso los más dispares— persiguen el mismo fin e interés, el bien de sus ciudadanos y de su nación, aunque cada uno lo interprete con una aproximación diferente según sus afinidades ideológicas.

Pero en el ámbito internacional en que se mueve la geopolítica no hay ningún fin común, al menos no permanente, que sirva para refrenar los más bajos instintos, ni siquiera un rescaldo que siempre se mantenga vivo y pueda servir de cohesionador. Los intereses comunes son tan perecederos que enseguida se pudren y pasan a ser sustituidos por otros, por lo que alianzas, amistades y enemistades fluyen con paradójica y sorprendente rapidez. Se vive en un permanente estado de rivalidad, en el que todas las partes se lanzan codazos para hacerse un hueco y conseguir que primen sus propios intereses.

Ni siquiera los peligros o amenazas que se podrían considerar comunes, como pueden ser las derivadas del cambio climático, ejercen una influencia real. Porque en este singular ambiente, cada país mira exclusivamente por su propio interés. Se puede decir más: cuanto más poderoso es un país, menos se preocupa realmente por las necesidades de las demás naciones. Aunque pueda parecer una frivolidad, para que todos los países adoptaran decisiones comunes que beneficiaran al conjunto de la humanidad, se tendría que dar una amenaza extraterrestre en forma de invasión o algo parecido. Mientras tanto, ha sucedido y sucederá que cada país tan solo mire su propio ombligo y actúe para su propio bien, aun cuando sea plenamente consciente del daño, directo o indirecto, que puede causar al resto.

El historiador militar Michael Howard resume el altísimo grado de hipocresía en que se basan las relaciones internacionales, siempre regidas, orientadas y legisladas por los poderosos, con esta frase: «Con frecuencia, los Estados que muestran mayor interés por la conservación de la paz son los que acumulan más armamentos».

Los fuertes hacen lo que desean y los débiles sufren sus abusos.

TUCÍDIDES

En la esfera internacional coexisten potencias con distinto grado de capacidad de influencia en las decisiones mundiales. Se puede considerar que existen dos tipos básicos de países: los dominadores y los dominados. Los primeros ejercen su control a escala regional o global. Los sometidos pueden estarlo de modo más o menos directo, de diversas formas (militar, económica, cultural, tecnológica, etc.) y aceptar de mejor o peor grado su condición, incluso con resignada pasividad. Si es necesario, pueden llegar a subordinarse a los más poderosos, con tal de ser respetados e incluso temidos.

Los países que, por el motivo que sea, no se sienten poderosos —disponer o no del arma atómica es un claro punto de inflexión— procuran cobijarse bajo el paraguas de una potencia superior, que, al menos teóricamente, les garantice tanto su seguridad como su inmunidad. Es lo que ofrecen las potencias nucleares, en cuanto a medios puramente estratégicos, al igual que hacen los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (CSNU) frente a las hipotéticas sanciones internacionales. Así es como ha obrado China con Sudán y su presidente Omar al Bashir, quien se mantiene en su puesto a pesar de que la Corte Penal Internacional emitió, en marzo de 2009, una orden internacional de arresto por crímenes contra la humanidad y crímenes de guerra como consecuencia de la violencia ocurrida en Darfur. El presidente Al Bashir sabe que mientras se mantenga a la sombra de China es intocable. Pekín ofrece también este «servicio» a otros países durante los procesos negociadores, en los que emplea la política del *win-win*, una negociación aparentemente transparente en la que las dos partes ganan. Por ejemplo, en su relación con Sudán, Pekín obtiene acceso al crudo y las tierras cultivables

del país. China tiene la ventaja de no haber sido potencia colonizadora, por lo que no genera los mismos recelos que otras potencias rivales, especialmente en África.

Siria es un ejemplo de cómo un Estado débil atacado por otro más belicoso se ve obligado a apoyarse en un tercero, el foratáchón. Su presidente, Bashar al Assad, tuvo que aceptar la ayuda de Rusia —que por supuesto perseguía sus propios intereses— para evitar perder el poder en un momento en que sus fuerzas se tambaleaban ante el impulso de los rebeldes apoyados por Estados Unidos y algunos de sus aliados regionales y mundiales.

Por otro lado, cuando un país considera que no tiene suficiente peso o ascendente regional o mundial, se alía con otros países para ganar peso geopolítico. Algunos se escudan en una premisa expuesta por Otto von Bismarck, primer ministro de Prusia (1862-1873) y canciller de Alemania (1871-1890): «Los pueblos que se aíslan por completo, creyéndose que se bastan por sí solos para la defensa de su patria e intereses, llegarán a desaparecer, abrumados bajo el peso de las demás naciones». Cuando esto sucede, la subordinación puede alcanzar un grado tal que algunos países, incluso aquellos considerados potencias medias, se dejan arrastrar por las superpotencias del momento y entran en aventuras bélicas ajenas por completo a sus intereses. Ocurre así con los gobiernos que mandan a sus tropas a lugares remotos donde no tienen ningún verdadero interés propio que defender, aunque luego haya teóricos —siempre los hay y muy dispuestos a agrandar a los gobernantes de turno— que lo justifiquen con teorías como las de la «defensa adelantada», los riesgos globales que no pueden ser abordados en solitario, la protección de los derechos humanos (como si solo en ese lugar se estuvieran vulnerando) o la promoción de los valores democráticos. En no pocas ocasiones, lo único que estos «países mariachis» consiguen es granjearse nuevos enemigos de los que no tenían ninguna necesidad. Y esto puede acarrearles desde atentados en su propio territorio —algo habitual si en la alejada área de operaciones han tenido que enfrentarse, o simplemente han perjudicado de algún modo, a un grupo que incluya el terrorismo entre sus tácticas— a una

convulsión social por la falta de apoyo entre la ciudadanía a la imprecisa expedición militar que acabe con el derrocamiento del gobierno responsable del envío de las fuerzas.

Algunos Estados, muy pocos, no encajan en ninguno de los grupos anteriores. Unos, porque no disponen de la capacidad suficiente para ser dominadores pero tampoco desean ser dominados de ningún modo. Son los que se quedan aislados del sistema internacional y se convierten en «rebeldes». En la última Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos, del 9 de febrero de 2015, este adjetivo se reemplazó por el de «irresponsables», una categoría en la que hoy se incluye a países como Corea del Norte. Pero, al igual que sucede con los niños que intentan vivir al margen de los grupos que dominan sus escuelas, los Estados que se niegan a entrar en los juegos de poder e intentan aplicar sus propios sistemas políticos y sociales corren un indudable riesgo, pues deben defender su supervivencia en solitario.

Ciertos países —como Arabia Saudí, Turquía, Egipto e Irán— forman otro reducido grupo, el de aquellos que, siendo ya líderes regionales, aspiran a seguir creciendo e influyendo, pero renuncian a un poder más global por no ofender a las superpotencias, con las que mantienen una relación ambigua. Eso sí, tampoco aceptan ser relegados al grupo de los vasallos geopolíticos.

Una distinción parecida es la que ofreció el politólogo Zbigniew Brzezinski, para quien existían «jugadores estratégicos» y «pivotes geopolíticos». Entre los primeros están los Estados con capacidad y voluntad nacional para ejercer poder o influencia más allá de sus fronteras y alterar la situación actual de las cuestiones geopolíticas. Estos «jugadores estratégicos» son siempre países importantes y poderosos, aunque no todos los que reúnen estas características tienen por qué serlo, pues dependerá igualmente de la voluntad de sus gobernantes de entrar en el juego del poder. Por otro lado, los «pivotes geopolíticos» son aquellos Estados, como Ucrania, Azerbaiyán, Corea del Sur, Turquía e Irán, que deben su relevancia a una situación geográfica que les permite condicionar el acceso de otros países a ciertos recursos y lugares.

Los hombres luchan porque son hombres.

MAURICIO DE SAJONIA

El conflicto, consustancial con la naturaleza humana y la realidad social, es producto inevitable de una diversidad de intereses, percepciones y culturas. El conflicto armado, por su parte, es inmanente a cualquier sistema internacional. Relata el historiador ateniense Tucídides, al hablar de la guerra del Peloponeso (431-404 a. C.), que la verdadera causa de la guerra fue que los atenienses, al hacerse poderosos e inspirar miedo a los lacedemonios, obligaron a estos a luchar. Esto mismo puede aplicarse a cualquier otro momento de la Historia, pasado o futuro, pues el que tiene el poder impedirá por cualquier medio que surja otro, en cualquier ámbito, que pueda amenazar su hegemonía. De aquí se deduce que la pugna entre grupos humanos será eterna, por muchos intentos que se hagan por evitarla. Cambiará de forma, será más o menos cruenta y brutal, se emplearán procedimientos directos o sutiles, pero nada podrá acabar con ella. Es una visión sin duda pesimista, pero la realidad observable hace pensar que se ajusta totalmente al contexto actual y al previsible futuro.

En 1929, la Sociedad de Naciones encargó a Moritz Bonn y André Siegfried la elaboración de un informe titulado *Tendencias económicas que afectan a la paz mundial*. Estos dos estudiosos concluyeron que una gran parte de la Historia solo puede ser explicada por el deseo de los Estados saturados de mantener su posición privilegiada, en cuanto al poder y la riqueza, mientras los Estados no saturados aspiran a ganar riquezas para ser más poderosos o a conseguir poder con el fin de ser más ricos. Se podría decir que el que no tiene, quiere tener; el que tiene, persigue tener más; y el que tiene mucho, solo desea que no se lo quiten. Algo que sucede tanto a individuos como a Estados, pues no es más que la práctica imperecedera del egoísmo y la ambición. La historia demues-

tra que incluso los que, desde una posición desfavorecida, aseguran que nunca modificarán su vocación de igualdad entre semejantes, terminan por cambiar su perspectiva una vez alcanzado un nivel de privilegio, bien sea por fortuna o tras arduos esfuerzos, y adolecen de los mismos vicios que antes tanto criticaban.

Según los generales Peng Guangqian y Yao Youzhi —miembros de la Academia de Ciencia Militar china—, el tratado bélico *Wu Zi* (siglos v-iv a. C.) indicaba que durante el período de los Estados Combatientes (475-221 a. C.) las motivaciones para ir a la guerra eran cinco: lucha por la fama, lucha por el beneficio, acumulación de animosidad, desorden interno y hambre. Por su parte, el conde Alexandre de Marenches —director general del servicio de inteligencia francés entre 1970 y 1981— afirmaba con rotundidad que el conflicto internacional actual consiste en la lucha por el dominio de las materias primas y en el control psicológico de las poblaciones por los medios de comunicación, las Iglesias, la educación y la desinformación. Esto lo decía en 1986, antes de que surgiera la explosión de internet y las redes sociales, que han elevado exponencialmente esa manipulación psicológica de las masas.

La pugna siempre ha sido por el poder, el estatus, el dominio, el control de las personas y los recursos, empleando los medios disponibles en cada momento, convirtiéndose la ambición de ganancia en puro deseo de dominio. Y si la violencia es el medio más efectivo para salir victorioso del conflicto, no se duda en emplearla.

¿YUNQUE O MARTILLO?

En esta dura tierra, hay que ser martillo o yunque.

BERNHARD VON BÜLOW

Bismarck argumentaba que «la gratitud y la confianza no pondrán a un solo hombre de nuestro lado; solo el miedo lo hará,

si lo sabemos emplear con habilidad y cautela». Dejaba claro que la fuerza y la violencia, tanto su ejercicio como la simple amenaza de su empleo, ejercen un efecto determinante en las relaciones humanas. Casi cuatro siglos antes, Nicolás Maquiavelo iba más allá al afirmar que es mejor ser temido que querido. Sin embargo, ser solo temido, como recomendaba el pensador italiano, puede funcionar a corto plazo, pero al mismo tiempo genera un odio que suele estallar con consecuencias imprevisibles. Por otro lado, intentar ser únicamente amado puede ser entendido como una manifiesta debilidad por algunos, que aprovecharán para abusar del superior e incluso intentar despojarle de su poder.

Aunque se diga que unos grupos humanos actúan y reaccionan por amor, otros por temor y los demás por convencimiento, en realidad suelen hacerlo por una combinación de esos tres elementos, y no siempre ofreciendo la misma respuesta. De este modo, en el campo de las relaciones internacionales lo más importante es saber de qué manera se puede conseguir que el resto de los actores se someta a los intereses propios en cada momento, debiendo ser plenamente conscientes de que un procedimiento exitoso en un supuesto no tiene por qué ser necesariamente válido para otros. La lección, en este caso, es que el temor a la aplicación de la fuerza, aunque lo sea exclusivamente en último extremo, no deja de ser un ingrediente básico en toda relación externa. Al fin y al cabo, es obvio que solo se puede dialogar con quien está dispuesto a escuchar, entender y racionalizar. Hay que ser consciente de que la educación y la cortesía nada pueden contra la violencia y el salvajismo, debiendo decirse, por lamentable que parezca, que hay quien solo reacciona ante la aplicación de la fuerza.

GUERRA, LA VIOLENCIA ORGANIZADA

Aunque el hombre logre esquivar cualquier peligro, nunca podrá esquivar por completo el constituido por aquellos que desean que no existan seres de su clase.

DEMÓSTENES

La guerra, como acto de violencia para imponer la voluntad social, nunca dejará de existir pues siempre habrá grupos humanos dispuestos a imponer a los demás sus ideas y su modo de vida, abocando hasta a los más pacíficos a luchar, salvo que prefieran rendirse. Kant, muy pesimista, entendía que «la guerra misma no necesita de motivos especiales, pues parece estar injertada en la naturaleza humana», asegurando que «el estado natural del hombre no es la paz, sino la guerra». Nada nuevo, pues mucho antes el filósofo griego Platón auguraba que «es una ley de la naturaleza que la guerra sea continua y eterna entre las ciudades». Para Erasmo de Rotterdam, «la guerra es tan cruel, que más conviene a las fieras que a los hombres». Lo que refleja a la perfección la absoluta deshumanización que significa, la espiral de violencia que desata, los instintos más bajos que saca a flote. La guerra hace aflorar y magnifica los aspectos más negativos del ser humano. Una vez desencadenada, sobran las razones, las motivaciones o su legitimidad. A partir de ese momento solo existe una obsesión: ganarla. Los medios para lograrlo importan poco, incluso los más impensables.

Vladímir Putin, durante el discurso que pronunció el 9 de mayo de 2007 con ocasión del sexagésimo segundo aniversario de la victoria soviética en la Segunda Guerra Mundial, dijo:

Tenemos la responsabilidad de recordar que las causas de cualquier guerra estriban sobre todo en los errores y los fallos de los cálculos realizados en tiempo de paz, y que esas causas tienen sus raíces en una ideología de confrontación y extremis-

mo. Es extremadamente importante recordar esto hoy, porque esas amenazas no se están reduciendo, tan solo se están transformando y modificando su apariencia. Estas nuevas amenazas, como bajo el Tercer Reich, muestran el mismo desprecio por la vida humana y la misma aspiración a imponerse en exclusiva en todo el mundo.

Es posible que se refiriera tanto a la amenaza del yihadismo como a Estados Unidos, pero es indudable que, en cualquier caso, sus palabras reflejan la imperecedera ambición humana de imponerse sobre los demás.

Para el general y geopolitólogo francés Pierre M. Gallois, los fuertes no siempre son quienes inician las guerras porque, como adujo el pensador e historiador militar británico J. F. C. Fuller, «no hay nada de ilógico en el deseo de los desherrapados de apoderarse de las riquezas de los poderosos». El llamado «mundo occidental» acoge a unos 900 millones de personas,¹ pero actualmente en el planeta hay otros 6.600 millones de seres humanos, con visiones y culturas diferentes, que en cierto modo se consideran los perdedores del desarrollo y la globalización. Es evidente, por tanto, que la mayoría de los pobladores de la Tierra pueden estar deseosos de que cambien las tornas y sean ellos los privilegiados.

¿ES POSIBLE UN CONTROL EFICAZ DE LA VIOLENCIA?

Nunca un general cree tanto en la paz que no se prepare a una guerra.

SÉNECA

En este contexto mundial de violencia endémica, el político estadounidense Henry Kissinger —consejero de Seguridad

1. La versión más restringida de «mundo occidental» está formada por Europa, Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda. En una perspectiva más amplia, habría que incluir otros países desarrollados como los hispanoamericanos, Israel y Sudáfrica.

Nacional (1969-1975) y secretario de Estado (1973-1977)— ha señalado que las superpotencias se comportan a veces como dos ciegos fuertemente armados buscando su camino dentro de una habitación, convencido cada uno de hallarse en peligro mortal frente al otro, al que supone con una visión perfecta. Con el tiempo, ambos pueden acabar por hacerse mutuamente un daño enorme, por no decir nada sobre la habitación que ocupan, es decir, el planeta Tierra. Esto ha sucedido y puede volver a suceder, convulsionando completamente a la humanidad habida cuenta del inmenso potencial destructor del que disponen en la actualidad las superpotencias, y no solo desde el punto de vista nuclear. Por este motivo, la solución sería el diálogo permanente entre los grandes, pero no deja de ser una utopía ante los eternos deseos de poder absoluto.

El problema principal lo subraya acertadamente el periodista y analista político Robert D. Kaplan cuando afirma que «el mundo continúa en un estado natural, en el que no existe Leviatán hobbesiano que castigue a los injustos». Lo que está diciendo es que, aunque aparentemente exista una jurisdicción internacional encaminada a tal fin, los poderosos siempre encuentran fórmulas para sortearla, aunque, eso sí, aplicándola con firmeza al resto de los actores. Como se verá detalladamente más adelante, una de las máximas en geopolítica es que las potencias medianas y pequeñas basan —o les gustaría que así fuera— las relaciones entre Estados en la legalidad internacional, en una jurisprudencia que realmente sea justa y equitativa con todos los países, independientemente de su tamaño y fortaleza. Sin embargo, los poderosos las basan precisamente en su poder, su peso geopolítico y su capacidad de influencia.

La otra gran cuestión que siempre surge es la de la legitimidad del uso de la fuerza, escenificada como una pugna entre el bien y el mal. El problema es que todas las partes enfrentadas siempre piensan que el bien, la justicia y la razón están de su parte, siendo el otro el errado, el que actúa de modo ilegítimo y perverso, pudiendo decirse que el combate se da entre formas análogas de entender el bien.

Por otro lado, cuando se habla de alianzas político-militares entre países como forma hipotética de alcanzar un mayor grado de seguridad colectiva, conviene precisar los términos. En el caso de que un grupo de Estados decida unirse para conseguir mayor seguridad frente a otras naciones, lo más probable es que estas últimas también acuerden aliarse entre ellas para defenderse de los primeros, abriendo así la posibilidad a una nueva guerra entre entes mayores que puede ser aún más demoledora. En definitiva, las nuevas alianzas reforzadas no suponen necesariamente mayor estabilidad que las viejas ni hacen el mundo menos violento.

¿CÓMO SOBREVIVIR EN LA JUNGLA GEOPOLÍTICA?

Realmente el hombre es el rey de las bestias, porque su brutalidad excede la de ellas.

LEONARDO DA VINCI

En este mundo donde la violencia sigue imperando ampliamente como si la humanidad hubiera sido incapaz de salir de la barbarie primitiva, Michael Howard recomienda: «para conservar la paz hay que tener presente a aquellos para quienes el orden existente no constituye la “paz”; y si están dispuestos a utilizar la fuerza para cambiar el orden que a nosotros nos parece aceptable». Avisa así de que se deben conocer las intenciones y capacidades del enemigo, actual y previsible, y no pensar que basta con que una parte considere erróneo entrar en guerra para que a los demás también se lo parezca.

En las siempre complejas relaciones internacionales no hay ni buenos ni malos. Cada uno persigue exclusivamente su propio interés del momento, que cada vez es más volátil y tornadizo. A los menos poderosos, cuya influencia mundial es mínima o inexistente, solo les queda analizar lo que les puede beneficiar o perjudicar de lo que hagan las grandes potencias, e intentar obtener el mayor beneficio posible, o el menor

perjuicio, para su nación. Pueden mantenerse al margen de las luchas de los gigantes si este aislamiento no los perjudica, o aliarse con quien convenga, según las circunstancias. Cualquier otra postura idealista no revestirá más que lesiones para los intereses nacionales. Por tanto, podemos decir que en geopolítica nada es bueno ni malo por sí mismo, sino transitoriamente beneficioso o perjudicial. Y ante un escenario donde reina la hipocresía y el cinismo, únicamente cabe aconsejar: confía solo en tus propias fuerzas.